

Nuevas observaciones sobre el contorno definicional: a propósito de la fórmula *dicho de* en el *DRAE* 2001

José-Álvaro PORTO DAPENA
Universidade da Coruña

Una de las innovaciones que en su día llamaron quizá más la atención en la última edición del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española (en adelante *DRAE* 2001) es sin duda el deslinde que se hace —si bien no en todos los casos— de contorno y definición, según se indica en las advertencias preliminares (p. XLIX):

La consideración como *propia* de una definición depende en muchas ocasiones de la posibilidad de deslindar, dentro de ella, su contenido, es decir, el enunciado semánticamente definidor, distinguiéndolo de su **contorno**, es decir, de todos aquellos elementos que informan sobre el contexto —sintáctico, situacional, etc.— en que se presenta habitualmente. En este Diccionario se independizan, mediante el uso de fórmulas como las ahora ejemplificadas, tradicionales en la lexicografía académica, distintos contornos de adjetivos y locuciones adjetivas, sujetos del verbo y de la frase, adverbios y locuciones adverbiales.

Y así, en efecto, del diccionario académico desaparecen aquellas tan conocidas como entrañables expresiones, de rancio abolengo dieciochesco, “dícese” o “aplícase”, sustituidas por las, desde luego más modernas, “se dice” o “se aplica”, empleadas como fórmulas introductorias de una especie de definición que, por corresponder a un tipo de discurso metalingüístico —*primer enunciado*, según la distinción establecida por M. Seco (1978: 141), y *metalengua de signo* para J. Rey-Debove (1967: 143)— que no admite conmutabilidad con el *definiendum*, viene tachándose de *impropia*, vale decir, de inadecuada o, por lo menos, poco aconsejable. Frente a ella, la definición propiamente dicha, desposeída —eso sí— de toda información contextual, admite esa conmutación, al consistir en una verdadera paráfrasis o sinónimo del *definiendum* y corresponder, por tanto, a un nivel metalingüístico distinto, el representado por el *segundo enunciado* de Seco o la *metalengua de contenido* de Rey-Debove. De ahí, pues, que la Academia en la última edición de su diccionario renuncie, por una parte, a las definiciones impropias, convirtiéndolas —siempre que sea posible— en propias, o, por otra, despoje a estas últimas de todo elemento contextual, que tanto en un caso como en otro pasa a expresarse en enunciado independiente.

En el presente trabajo, contribución mía personal a este merecido homenaje a mi querido amigo y siempre admirado colega, G. Rojo, a quien además me une la pertenencia —él como académico de número y yo como simple correspondiente— a la Real Academia Española, me voy a permitir hacer algunas observaciones, realizando un ejercicio de sana autocrítica, sobre la fórmula *dicho de*, que, como medio introductor de definiciones, ha sido adoptada en el *DRAE* 2001 de un modo reiterado —aunque no sistemático— y hasta me atrevería a decir que exagerado. Son, como vamos a ver enseguida, varios los problemas que semejante fórmula suscita tanto desde el punto de vista ortográfico como desde el sintáctico y, sobre todo, desde el semántico y —lo que sin duda puede resultar más sorprendente— no presenta propiamente, a mi juicio y contra la pretensión académica, ningún *contorno definicional*.

1. ALGUNOS ASPECTOS TEÓRICOS ESENCIALES

Claro que todo depende de lo que se entienda por *contorno*, una noción que todavía hoy está, por lo que parece, lejos de alcanzar una definición precisa y unánime, pues, mientras para unos —entre los que, según se desprende de la cita anterior, se encuentra la Academia— vendría a ser contorno todo lo que, en una definición lexicográfica, no atañe al contenido semántico del definido, sino a una simple contextualización del mismo, para otros —y eso es lo que aquí voy a asumir— el contorno se restringe únicamente a lo que podríamos llamar *contexto argumental* del *definiendum*, lo que quiere decir que no tiene por qué estar exactamente contenido en la definición o, por mejor decir, en el *definiens*. Y en efecto: como ya señalé en otros lugares¹, el contorno puede ser *integrado*, es decir, que forma parte del enunciado definicional, y *no integrado* en caso contrario.

1.1. ¿Es el contorno un elemento ajeno a la definición?

Pues bien, parece que para la Academia lo ideal es que el contorno sea no integrado, en atención a que —según parece admitir— este no pertenece propiamente al enunciado definidor o, lo que viene a ser lo mismo, no constituye una parte de la definición. Y no constituye una parte de la definición porque, en la conmutación del *definiendum* por el *definiens*, solo es posible realizar la sustitución por aquellos elementos que realmente reproducen el contenido de aquel. De acuerdo con esto, pues, la definición propiamente dicha vendría a coincidir con lo que en Porto (1997: 213, 2002: 310) he propuesto llamar *enunciado parafrástico*; de ahí que la Academia, según se desprende de la anterior cita, considere *definición propia* tan solo al segmento constituido por ese enunciado. Hay, sin embargo, argumentos poderosos a favor de la idea de que una definición lexicográfica no se reduce exclusivamente a la simple reproducción del contenido, mediante un sinónimo o parafrasis, del *definiendum*:

a) Notemos, en primer lugar, que si la definición —o mejor dicho, el *definiens*— se redujera exclusivamente al enunciado parafrástico, resultaría que, por ejemplo, en un texto como

comprar. tr. Obtener algo con dinero,

la definición estaría constituida únicamente por *obtener*, dada la conmutabilidad de ambos verbos, por ejemplo, en:

Félix ha comprado (= ha obtenido) con los cien euros que le di un ordenador portátil,

lo cual nos llevaría a la conclusión falsa de que *comprar* es sinónimo *obtener* y no, como es lo correcto, de *obtener por dinero*. Ello se debe a que en este caso uno de los contornos de la definición es *fluctuante*², esto es, unas veces funciona como contorno y otras pasa a formar parte del enunciado parafrástico³. Ahora bien, esto quiere decir que los límites dentro

¹ Cfr. Porto Dapena (1997: 214-215, 2002: 313).

² Sobre este tipo de contorno me remito a Porto Dapena (en prensa).

³ Efectivamente, en este otro contexto: “*Félix ha comprado un ordenador portátil*”, es evidente que *ha comprado* habrá de ser sustituido necesariamente por *ha obtenido por dinero*.

de una definición entre enunciado parafrástico y contorno no siempre son tan fijos e inamovibles como cabría esperar.

b) Otro argumento a favor de la consideración del contorno como parte de la definición ya lo aduje en Porto Dapena (1997: 216) y, posteriormente, en Porto Dapena (2001: 315), y se refiere al hecho de que un elemento de contorno puede funcionar a veces como verdadero rasgo distintivo en una oposición de tipo léxico y, por lo tanto, viene a tener el mismo valor que un rasgo inherente. Es el caso, por ejemplo, de la definición de *segar* frente a las de *talar*, *tonsurar*, *amputar*, *cercenar* y otros, que, evidentemente, no son sinónimos, sino cohipónimos de un único hiperónimo, *cortar*:

segar. tr. Cortar mieses o hierba con la hoz, la guadaña o cualquier máquina a propósito.

talar². tr. Cortar por el pie una masa de árboles.

amputar. tr. Cortar y separar enteramente del cuerpo un miembro o una porción de él.

cercenar. tr. Cortar las extremidades de algo.

c) Finalmente, la presencia del contorno en el enunciado definicional no siempre obedece exclusivamente a la necesidad de indicar alguna restricción en los actantes o argumentos del *definiendum*, circunstancia en que, por cierto, el deslinde respecto al enunciado parafrástico sería relativamente viable. Pero no hay que olvidar que el propio *definiens*, por sus características semántico-sintácticas, puede también exigir elementos pertenecientes al contorno, el cual, por tanto, no podrá dejar de tener la condición de integrado. Es lo que pasa, por ejemplo, en esta definición tomada del propio DRAE 2001:

despojar [...]. 3. tr. Extraer de un libro o de un objeto de estudio aquellos datos o informaciones que se consideran de interés,

donde sería imposible separar tanto el objeto directo como el complemento preposicional porque, además de representar los argumentos exigidos por el *definiendum*, resultan imprescindibles en el *definiens* por ser asimismo argumentos de *extraer*.

1.2. Problemas de delimitación de la definición lexicográfica

Todo esto nos lleva a la convicción de que una definición lexicográfica —contra lo que tiende a pensarse— no consiste ni mucho menos en un puro enunciado parafrástico del *definiendum*, sino que de hecho puede —y a veces debe— ir más allá del puro contenido semántico al incluir también el contexto argumental del definido, que es en realidad lo que verdaderamente constituye el *contorno*; dicho de otra manera, lo semántico y lo sintáctico se unen de tal suerte en la definición que no siempre resultan separables ni, por otro lado, es conveniente que lo sean.

Pero esto nos lleva a plantearnos una nueva e importante cuestión: la delimitación de la propia definición dentro del discurso lexicográfico, cosa que, por otro lado, tendrá que ver necesariamente con la definición nocional de la propia definición. No voy a entrar, naturalmente, aquí en esta última cuestión teórica; pero sí a plantear hasta qué punto ciertos elementos del contorno o, simplemente, contextuales forman o no parte del enunciado definicional o, al revés, el enunciado definicional forma parte de segmentos más amplios que en realidad no son definiciones.

Un caso que a primera vista podría parecer muy sencillo es el representado por definiciones del tipo

centrar [...]. 3. tr. *Entre cazadores*, apuntar a la pieza de forma que esta quede en el centro de dispersión de la munición.

camarero, ra [...]. 5. m. *En algunos lugares*, encargado del trigo del pósito o de los diezmos y tercias, o del grano que se echa en las cámaras.

canto¹ [...]. 5. m. Composición lírica, *genéricamente hablando*,

en las que los elementos —que he destacado en cursiva— colocados al principio o al final del enunciado parecen formar parte de la definición entendida como *definiens*. Sin embargo, ello no es así, habida cuenta de que tales complementos no afectan directamente al sintagma que les sigue, sino a otro enunciado —implícito— más amplio, del que dicho sintagma es un puro constituyente. Y así, ese enunciado más amplio, al que vamos a llamar *enunciado lexicográfico*, podría explicitarse de la siguiente manera:

centrar. tr. *Entre cazadores* [significa] apuntar a la pieza de forma que esta quede en el centro de dispersión de la munición.

camarero, ra. m. *En algunos lugares* [equivale a] encargado del trigo del pósito o de los diezmos y tercias, o del grano que se echa en las cámaras.

canto¹. m. [Afirmamos] *genéricamente hablando* [que tiene el significado de] Composición lírica.

En realidad estos dos enunciados, *definicional* y *lexicográfico*, podemos pensar que están presentes en toda definición, aun cuando este último —por razones obvias de economía de espacio, tan importante en los diccionarios— no se haga siempre lingüísticamente explícito. Y así, por ejemplo, una definición del tipo:

cuartel. m. Mil. Edificio destinado para alojamiento de la tropa

podría interpretarse perfectamente como una abreviación de este enunciado lexicográfico:

cuartel. m. Mil. Significa edificio destinado para alojamiento de la tropa,

esto es, el enunciado lexicográfico viene a consistir en una oración cuyo sujeto es la entrada o *definiendum*, y, por su parte, el *definiens* desempeñaría la función, por ejemplo, de complemento directo de un verbo *significar*, implícito en el primer caso. De acuerdo con esto, por cierto, propongo llamar *definiciones directas* a las formuladas, como es hoy lo más frecuente, fuera de un enunciado lexicográfico explícito, y, por el contrario, *definiciones indirectas* a las que aparecen dentro de un contexto lexicográfico más amplio, que, como acabamos de ver, puede ser total o tan solo parcial.

Pero, además de las *indirectas*, hay que hablar de *definiciones implicadas* o *presupuestas*, en las cuales —aunque parezca lo contrario— no hay propiamente enunciado definicional. Me refiero a definiciones como la siguiente:

adventista. adj. Se dice de una confesión protestante, de origen norteamericano, *que espera un segundo y próximo advenimiento de Cristo*,

donde podría resultar evidente que la parte en cursiva (la cursiva es siempre mía) representa un verdadero enunciado definicional, pues de hecho podríamos segmentarlo y serviría para parafrasear el *definiendum* y, por tanto, sustituirlo en cualquier contexto. Notemos, no obs-

tante, que, en rigor, se trata de una oración de relativo cuya única misión no es otra que concretar las características reales del objeto representado por el sustantivo antecedente *confesión*, que en realidad no representa sino el argumento del adjetivo *adventista*. En definitiva, en el ejemplo anterior —literalmente interpretado— no existe ninguna definición lexicográfica, puesto que el enunciado correspondiente se limita a informarnos acerca del objeto o referente del que es predicable la entrada; se trata, por tanto, de un contexto puramente referencial. Bien es verdad —eso sí— que de él podemos deducir una verdadera definición lexicográfica con su correspondiente contorno, pero estos, al no encontrarse propiamente en el discurso, no son en modo alguno segmentables o delimitables, sino tan solo deducibles.

1.3. Contorno, entorno y estructura argumental

Insistimos en que el sintagma del ejemplo anterior “confesión protestante...” no está empleado metalingüísticamente, esto es, no se refiere a sí mismo ni a la entrada como signo lingüístico, sino que actúa como representante de la realidad a la que apunta el *definiendum*. De lo que realmente informa el DRAE 2001 en ese texto es de la pura aplicabilidad de la palabra *adventista* y, por tanto, lo único que pone de manifiesto es lo que podemos llamar un *contexto referencial*, que, como otros tipos de contextos (*locativo, temporal, de usuarios, de especialidad, temático*), no hay que confundir, como hacen algunos —entre ellos la Academia—, con el *contorno definicional*.

El *contorno definicional* se refiere exclusivamente, como ya queda dicho, al contexto argumental del *definiendum*, lo que quiere decir que tan solo aparece —sea de forma integrada o no integrada— en las definiciones de palabras predicativas, esto es, fundamentalmente de adjetivos y verbos (excepcionalmente en las de algunos sustantivos y adverbios), mientras que los demás tipos de contextos —a los que propongo llamar genéricamente *entorno*— pueden aparecer acompañando a la definición de cualquier clase de palabras. Notemos, por otro lado, que, mientras un contorno puede formar parte del enunciado definicional, desempeñando en él distintas funciones sintácticas —por cierto no siempre coincidentes con las que le corresponden con el *definiendum*⁴—, un entorno siempre es externo al *definiens* y corresponde exclusivamente al enunciado lexicográfico subyacente. Así se explica, por ejemplo,

comer [...]. 7. tr. En los juegos de ajedrez, de las damas, etc., ganar una pieza al contrario.

⁴ Es lo que da lugar a la distinción establecida en Porto Dapena (1997: 219, 2002: 320) entre *contorno homogéneo*, cuando se da coincidencia sintáctica (así, en **justificar**. tr. Probar algo con razones convincentes, testigos o documentos), y *contorno heterogéneo*, en caso contrario, como ocurre, por ejemplo, en **afelpar**. tr. Dar a la tela que se trabaja el aspecto de felpa o terciopelo, donde *a la tela que se trabaja* es objeto indirecto en el *definiens*, pero representa el objeto directo del *definiendum* (“alguien afelpa la tela que trabaja”). Aunque lo ideal, desde luego, es que las definiciones presenten contornos homogéneos, ello no siempre es posible —como en el ejemplo anterior—, dadas las limitaciones de la propia lengua a la hora de definir. No estoy, por tanto, de acuerdo en este punto con las observaciones de Serra Sepúlveda (2007: 136) en el sentido de que “si lo que está formalmente delimitado dentro de la definición no puede “leerse” o emitirse con el definido, entonces no es un contorno suyo”.

donde lo que he puesto en cursiva es el entorno y pertenece, según vimos antes, al enunciado lexicográfico, mientras que lo subrayado, formado por los objetos directo e indirecto del enunciado definicional, pertenece a este y constituye el contorno.

Finalmente, el hecho de que el contorno se limite al contexto argumental no significa, como sostiene Serra Sepúlveda (2007: 144), que deba poner de manifiesto toda la estructura argumental del definido. No hay que olvidar, efectivamente, que la aparición de un *contorno explícito* viene determinada por dos factores fundamentales: de una parte, por la existencia de restricciones semánticas en los argumentos y, en segundo término, por las necesidades semántico-sintácticas del propio *definiens*, de cuyo contexto puede, no obstante, deducirse a veces la naturaleza de ciertos componentes argumentales, que, por lo tanto, constituirán un *contorno implícito*. Por no alargarme excesivamente, pongamos tan solo un ejemplo:

percatar [...]. 2. prnl. Darse cuenta clara *de algo*.

Se expresa tan solo el suplemento o complemento de régimen, pero no el sujeto, que evidentemente tiene que ser una persona, característica que se desprende del propio contenido definicional. El contorno sujeto es, sencillamente, implícito, fácilmente deducible del contexto y, por tanto, su explicitación resultaría redundante y, por ello, antieconómica.

2. LA FÓRMULA *DICHO DE*

Hechas las anteriores observaciones generales y teóricas, paso a considerar concretamente la fórmula *dicho de*, adoptada —como ya queda dicho— por el *DRAE* 2001 con el fin de independizar lo que la Academia considera la definición propiamente dicha, esto es, el *enunciado parafrástico*, del *contorno definicional*, que, siguiendo una relativamente extendida —aunque, como hemos visto, incorrecta— creencia, considera como algo ajeno a ella.

2.1. Aplicación y alcance de la medida

La adopción de semejante procedimiento, paralelo al de otras fórmulas como *aplicado a* o *referido a*, utilizadas por otros diccionarios modernos —y a veces por la propia Academia—, se realiza básicamente para modificar aquellas definiciones que, en ediciones anteriores del *DRAE*, o bien presentaban contorno integrado o bien se trataba de las denominadas “definiciones impropias”, esto es, formuladas en primer enunciado metalingüístico o metalengua de signo, muy especialmente aquellas que comenzaban por el tradicional *dícese* o, modernizado, *se dice*. Así, entre los muchos ejemplos que podrían aducirse de esto último, obsérvese cómo estas definiciones del *DRAE* 2001,

bicóncavo, va [...]. adj. Geom. *Dicho de un cuerpo*: Que tiene dos superficies cóncavas opuestas.

bohemio, mia [...].3. adj. Se dice de la vida que se aparta de las normas y convenciones sociales, principalmente la atribuida a los artistas. U. t. c. s. f. || 4. adj. *Dicho de una persona*: Que lleva este tipo de vida.

calcetero, ra[...]. adj. *Dicho de una res vacuna*: De capa oscura y extremidades blancas,

se corresponden con estas otras del *DRAE* 1992:

bicóncavo, va [...]. adj. Geom. Dícese del cuerpo que tiene dos superficies cóncavas opuestas.

bohemio, mia [...]. 3. adj. Dícese de la vida que se aparta de las normas y convenciones sociales, principalmente la de artistas y literatos. || 4. adj. Dícese de la persona que lleva este tipo de vida.

calcetero², ra [...]. adj. Dícese de la res vacuna de capa oscura y extremidades blancas.

Se corresponden, sin embargo, con estas otras definiciones, con contorno integrado, del *DRAE* 1992,

abochoornar. tr. Causar bochorno *el excesivo calor*.

aconsejar [...]. 2. Inspirar una cosa *algo* a alguien.

adornar [...]. 2. Servir de adorno *una cosa* a otra; embellecerla, engalanarla,

las siguientes del *DRAE* 2001:

abochoornar. tr. *Dicho del excesivo calor*: Causar bochorno.

aconsejar [...]. 2. tr. *Dicho de una cosa*: Inspirar *una cosa* algo a alguien.

adornar [...]. 2. tr. *Dicho de una cosa*: Servir de adorno a otra, embellecerla, engalanarla.

Notemos, por lo demás, que el primer tipo de modificación se aplica sobre todo en las definiciones de adjetivos, mientras que el segundo corresponde solo a verbos. En aquellos lo que queda aislado de la definición es la mención del objeto del que el adjetivo es predicable, mientras que en estos lo que normalmente se separa es el contorno sujeto, según puede comprobarse en los ejemplos anteriores.

Debe observarse, no obstante, que estas modificaciones no han sido aplicadas sistemáticamente en la última edición del *DRAE*. Y así no es raro que, dentro de un mismo artículo, la fórmula *dicho de* conviva con otras definiciones expresadas al modo tradicional, esto es, de carácter impropio o con contorno integrado. Por no alargarme demasiado, considérese tan solo este par de artículos:

respirar [...]. 9. tr. *Dicho de la persona de quien se habla*: Tener de manera ostensible la cualidad o el estado de ánimo a que se alude. Respirar simpatía, temor, bondad, satisfacción. || 10. tr. *Se dice* también de las cosas.

abejorrear [...]. intr. *Dicho de una abeja o de otros insectos semejantes*: zumbear (|| producir ruido continuado y bronco). || 2. intr. Producir un rumor confuso al hablar *varias personas*.

Por otro lado, habida cuenta de que, con esta fórmula, solo puede separarse del enunciado definicional el contorno integrado referido al sujeto, no es de extrañar la presencia en el *DRAE* 2001 de definiciones híbridas, es decir, en las que el contorno no integrado, correspondiente al sujeto, convive con el integrado, indicador de los otros argumentos verbales:

acostar [...]. 7. prnl. *Dicho de una persona*: Mantener relación sexual *con otra*.

2.2. Características semántico-sintácticas de la fórmula y el problema de su representación ortográfica

Conviene, no obstante, subrayar —si queremos ser exactos— que la fórmula *dicho de*, al igual que la denominada “definición impropia” introducida por *dícese* o *se dice*, no

sirve para presentar el contorno sujeto ni, por otro lado, en el caso de los adjetivos, el sustantivo al que estos se aplican. Como ya se observó antes, una definición impropia no es una verdadera definición lexicográfica sencillamente porque no define la palabra-entrada, sino que se limita a establecer la aplicabilidad de esta a un tipo de objetos de la realidad, objetos que, por lo demás, pueden presentarse o no determinados, esto es, de un modo genérico o específico; así, en la acep. 10 de *respirar*, vista más arriba, se hace una referencia claramente genérica, mientras que en 4 de *bohemia* la referencia es específica. Y, precisamente, es en este último caso cuando cabe hablar de la existencia de una *definición implicada*, porque esta puede, como hemos dicho, deducirse fácilmente del texto lexicográfico. Pues bien, no cabe duda de que la adopción de la fórmula *dicho de* supone, lexicográficamente hablando, una ventaja sobre la “definición impropia”, en el sentido de que, mediante ella, se hace explícita la definición implicada, que pasa, por tanto, a ser una verdadera definición o *definición propia*: compárense, en efecto, a este respecto, las definiciones de *calcetero*, expuestas más arriba, correspondientes a las ediciones de 1992 y 2001 del *DRAE*.

Como fácilmente puede observarse, con la fórmula *dicho de* lo que se hace es convertir en genérica la referencia a la realidad y constituir en verdadera definición lo que no representa más que los rasgos específicos de ese referente⁵. Pero notemos que aquello que queda ahora fuera de la definición no es, propiamente hablando, su contorno, sino la pura referencia —ahora solamente genérica— a la realidad de que el *definiendum* se predica, realidad que —eso sí—, lingüísticamente expresada, constituiría el contorno. Habría, de todos modos, que hablar también aquí de un *contorno implicado*⁶. En definitiva, la fórmula *dicho de* no introduce contornos, como piensa la Academia, sino un mero tipo de entorno, el constituido por el contexto referencial.

Y visto lo visto, habrá que concluir que, así como la adopción de *dicho de* frente al tradicional *dícese* o *se dice* supone, como queda observado, un claro avance en la formulación de definiciones lexicográficas, esa misma adopción para evitar la utilización del contorno integrado no supone, por el contrario, ventaja ninguna, pues implica convertir en contexto referencial lo que en realidad era un verdadero contorno. Por eso creo que sería preferible definir:

abochornar. tr. Causar bochorno *el excesivo calor*,

como hace el *DRAE* 1992, en vez de la actual definición del *DRAE* 2001,

abochornar. tr. *Dicho del excesivo calor*: Causar bochorno.

Esto último, por cierto, ocurre solo en definiciones de verbos y no en las de adjetivos, puesto que estas, de incluir como contorno integrado el sustantivo a que se aplican, se

⁵ Notemos que este mismo efecto se consigue colocando en primer lugar la definición propiamente dicha y a continuación, después de un punto, la mención de la realidad a la que es aplicable, presentada mediante *dícese* o *se dice*; así: “**calcetero, -ra**. adj. De capa oscura y extremidades blancas. *Se dice de una res vacuna*”.

⁶ Siguiendo con el ejemplo de *calcetero*, hablaríamos, en cambio, de verdadero contorno en esta otra formulación, ausente del *DRAE* 2001: “**calcetero, ra** [...] adj. *Aplicado a un sustantivo indicador de una res vacuna*: De capa oscura y extremidades blancas”.

convertirían automáticamente en sintagmas nominales, los cuales serían aptos para definir sustantivos, pero nunca adjetivos⁷.

Repito, pues, que la fórmula *dicho de* no constituye un procedimiento adecuado para separar el contorno del correspondiente enunciado definicional; lo que verdaderamente separa no es el contorno, sino un simple entorno, el representado por el contexto referencial. Ahora bien, según esto, la expresión participial “dicho de X” no es —contra lo que pudiera parecer— un elemento sintácticamente independiente o ajeno al *definiens*, si bien tampoco se subordina directamente a este, sino que, como él, forma parte de un enunciado más amplio, el *lexicográfico* o primer enunciado, de manera que una definición como la anterior respondería en el fondo a una estructura como esta:

abochornar. tr. [*Este vocablo*], dicho del excesivo calor, [*equivale a*] causar bochorno,

donde hemos escrito en cursiva y entre corchetes los elementos sobreentendidos. Vemos, pues, que la expresión participial —de carácter concordado— se refiere al sujeto de la oración, representado por la palabra-entrada o *definiendum*, y desempeña, como no podría ser de otro modo, una función claramente restrictiva, siendo fácilmente convertible en una cláusula de tipo condicional o, si se prefiere, temporal (“si se dice” o “cuando se dice del excesivo calor”).

En realidad, si bien nos fijamos, la expresión de la equivalencia —de la que la construcción participial es verdadero modificador— no está aquí propiamente sobreentendida, sino que podríamos pensar que viene representada por el signo ortográfico de los dos puntos, que en todo caso habría que leer como “equivale a”, “es”, “significa” u otra expresión lingüística equivalente. No cabe duda, efectivamente, de que la Academia, al adoptar este signo de puntuación, ha querido señalar exactamente esto, además de establecer una delimitación gráfica lo más clara y contundente posible entre lo contextual y la definición propiamente dicha, la cual, con esa misma finalidad, escribe además con mayúscula inicial. Aunque la observación sea meramente anecdótica, conviene señalar que en semejante proceder la Academia contradice su propia doctrina ortográfica en relación con el uso de los dos puntos y de la mayúscula inicial⁸. Por otro lado, este procedimiento no es coherente con el adoptado en los otros casos en que la indicación de un entorno precede a la definición, como

tratar [...].13. intr. *En el juego de naipes*, tomar sobre sí el empeño de ganar la puesta, disputándola según las cualidades o leyes de los juegos,

donde se prefiere una coma y a continuación minúscula inicial en la definición propiamente dicha.

⁷ Por eso no resultan, a mi juicio, correctas definiciones como “**calcetero -ra** **I adj** **1** (*Taur*) [Toro] de capa oscura que tiene blanca la parte baja de las extremidades”, que encontramos en el *DEA*, a menos que se entendiera —lo que resulta sintácticamente imposible— *toro* como un contorno no integrado.

⁸ *Cfr.* RAE (2010: 357-363 y 453-454).

2.3. Utilización inadecuada de la fórmula por parte del *DRAE* 2001

Consideraciones ortográficas aparte, lo que sí merece la pena señalar es que la fórmula *dicho de*, tan utilizada por la Academia en la última edición de su diccionario, no siempre responde en este a una utilización adecuada y correcta. Se peca, efectivamente, como sugerí antes, por omisión o defecto —en el sentido de que no se aplica en todos los casos—, pero al mismo tiempo también por exceso. Quiero decir que la fórmula aparece empleada en casos en que no debería utilizarse, ya sea —como es lo más frecuente— porque no pone de manifiesto restricción alguna, ya sea porque, exprese o no restricción, es perfectamente deducible del enunciado definicional o del conocimiento que tenemos del mundo y, por tanto, resulta redundante.

Respecto a esto último, considérense, por ejemplo, las siguientes definiciones, entre las muchas de este tipo que aparecen en el *DRAE* 2001:

acusar [...]. 7. tr. *Dicho de una persona*: En algunos juegos de naipes, manifestar en tiempo oportuno que tiene determinadas cartas con que por ley del juego se gana cierto número de tantos.

bigardear [...]. intr. coloq. *Dicho de una persona*: Andar vaga y mal entretenida.

binar [...]. 3. intr. *Dicho de un sacerdote*: Celebrar dos misas en un mismo día.

ladrar [...]. intr. *Dicho de un perro*: Dar ladridos.

concebir [...]. 3. intr. *Dicho de una hembra*: Quedar preñada.

ñaajo, ja. adj. Hond. *Dicho de una persona*: Que habla nasalizando los sonidos.

No hace falta insistir en que en todas ellas sobra la información aportada por la expresión “dicho de X” por ser claramente redundante: en el primer caso ya se sabe que los jugadores son siempre personas, quien anda vago y mal entretenido no puede ser más que una persona, el que celebra misa es siempre un sacerdote⁹, los ladridos no pueden proceder más que de un perro, ya se sabe que preñada solo puede quedar una hembra, y, si se habla nasalizando los sonidos, quien lo hace —a menos que se diga metafóricamente— tendrá que ser una persona.

En otros casos, la fórmula *dicho de* no sirve realmente para poner de relieve ninguna restricción, como es el caso de:

bienvenido, da. 1. adj. *Dicho de una persona o de una cosa*: Recibida con agrado o júbilo.

Faltaría, desde luego, añadir *animal*, que también puede ser recibido con agrado lo mismo que las personas o las cosas; no hay, por tanto, ninguna restricción de uso. Y, finalmente, en otras ocasiones está mal indicada la restricción, pues se aplica a una realidad demasiado abstracta o, por el contrario, demasiado concreta; así, por ejemplo, en:

bilabial [...]. 2. Fon. *Dicho de una consonante*: Cuya articulación se forma mediante el contacto total o parcial de un labio con otro.

⁹ Por eso resulta claramente suficiente esta otra definición que para *misar* encontramos también en el *DRAE* 2001: **misar**. Intr. Decir misa. No hace falta, claro está, la indicación “dicho de un sacerdote”.

Aparte de que *consonante* puede referirse a letras (que no se pronuncian), existen también vocales labiales, y, por lo tanto, la restricción debería más bien expresarse así: “Dicho de un sonido lingüístico”. Del mismo modo, en:

agrazar. 1. intr. *Dicho de una cosa:* Tener un gusto agrio, saber a agraz,

la restricción resulta demasiado abstracta, pues debería decirse más bien “Dicho de algo que se come o bebe”.

En resumidas cuentas, solo cuando la fórmula sirve para expresar una restricción en la aplicación del vocablo que sirve de entrada se puede decir que aquella es realmente correcta o adecuada. Ahora bien, a este respecto conviene tener presente que la restricción puede venir dada en dos perspectivas distintas que, además, pueden ser compatibles: desde un punto de vista que podemos llamar *semasiológico*, cuando la indicación “dicho de X” sirve para caracterizar o distinguir una determinada acepción frente a otras acepciones de la misma palabra-entrada, junto a un punto de vista *onomasiológico*, cuando el enunciado definicional es predicable de otros objetos, pero solo cabe utilizar el *definiendum* si se predica de la realidad presentada por la fórmula. Veámoslo de un modo práctico:

a) Las siguientes definiciones del DRAE 2001,

berrear [...]. intr. *Dicho de ciertos animales, como el becerro:* Dar berridos. || 2. intr. *Dicho de un niño:* Llorar o gritar desaforadamente. || 3. intr. *Dicho de una persona:* Gritar o cantar desentonadamente.

blanquear [...]. 3. tr. *Dicho de las abejas:* Dar cierto betún a los panales en que empiezan a trabajar después del invierno [...]. || 7. tr. coloq. Cuba y Ven. *Dicho de un equipo de béisbol:* Ganar un juego sin permitir al contrario anotar carreras. || 8. intr. *Dicho de una cosa:* Mostrar la blancura que en sí tiene.

bezudo, da [...]. adj. *Dicho de una persona:* De labios gruesos y pronunciados. || 2. adj. *Dicho de una cosa inanimada o material:* gruesa,

son correctas porque las restricciones expresadas mediante la fórmula *dicho de* sirven para oponer unas acepciones a otras, de modo que, por ejemplo, en *berrear* el significado varía según se diga de animales, de un niño o de una persona adulta, y lo mismo ocurre en los otros casos: la interpretación semántica viene condicionada por el hecho de que el *definiendum* se diga de un objeto u otro de la realidad. Se trata, por tanto, de restricciones semasiológicas.

b) Este no es el caso, sin embargo, en este otro tipo de definiciones, también registradas en el DRAE 2001:

acuatizar. intr. *Dicho de un hidroavión:* Posarse en el agua.

bojar² [...]. 2. intr. *Dicho de una isla, de un cabo o de una porción saliente de la costa:* Tener un determinado perímetro.

calamonarse. prnl. Ar. *Dicho de la hierba u otro vegetal:* Corromperse o fermentar.

Aquí la restricción es onomasiológica porque, en el primer caso, posarse en el agua puede hacerlo, por ejemplo, una gaviota o incluso una hoja de un árbol, de las cuales no es predicable *acuatizar*, el cual se restringe al caso en que lo que se posa es un hidroavión, y

lo mismo cabe decir de las otras definiciones: lo expresado por el *definiens* puede decirse de otras realidades, pero en ese caso no podría usarse el verbo que hace de *definiendum*¹⁰.

Nótese, finalmente, que también puede ocurrir que la fórmula *dicho de* sirva para indicar una restricción no solo de tipo onomasiológico, sino al mismo tiempo semasiológico. Y así, por ejemplo, en:

aguar [...].6. prnl. *Dicho de un sitio o de un terreno*: Llenarse de agua. || 7. prnl. *Dicho de una caballería*: Constiparse por haberse fatigado mucho o haber bebido cuando estaba sudando,

tomado asimismo del *DRAE* 2001: por una parte, las acepciones 6 y 7 basan su diferente significado en el hecho de que el *definiendum* se refiere, respectivamente, a un sitio o a una caballería; pero al mismo tiempo sus respectivos significados podrían decirse de otras realidades, en cuyo caso ya no se podría utilizar *aguar*, sino otra palabra o expresión lingüística diferente.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Digamos, a modo de conclusión, que la fórmula *dicho de*, tan empleada en el *DRAE* 2001, no sirve propiamente para indicar el contorno de una definición, sino el mero contexto referencial, que —eso sí—, expresado lingüísticamente, se convierte en un argumento del adjetivo o verbo definido, y, por tanto, puede decirse que, solo de forma indirecta, apunta a un contorno, *contorno implicado*. Su adopción, por otro lado, se justifica cuando lo que se pretende es evitar una definición impropia, pero no cuando se trata de una definición propia con contorno integrado. La fórmula, por lo demás, ha de responder siempre a una restricción semántica o bien por parte del *definiendum*, cuando este es polisémico (restricción semasiológica), o del *definiens*, cuando el contenido expresado por este puede decirse de otro u otros objetos distintos del acotado por *dicho de* (restricción onomasiológica). En el *DRAE* 2001 no siempre se atiende a todos estos condicionamientos y da, desde luego, la impresión de que la fórmula se utiliza de manera bastante aleatoria. En consecuencia, dicho con todo el respeto y veneración que me inspira la Academia —incluido su diccionario—, pienso que, a la vista de todo lo aquí expuesto, no estaría de más emprender, pensando en futuras ediciones, una minuciosa revisión de las definiciones del *DRAE* introducidas por la expresión “dicho de X”, teniendo además muy presente aquello de que “no son todas las que están ni están todas las que son”.

¹⁰ Nótese que esto no ocurre, por ejemplo, en esta otra definición del *DRAE* 2001: “**adamarse** [...]. prnl. *Dicho de un hombre*: Adelgazar o hacerse delicado como la mujer”. De nadie más que de un hombre se puede decir que se hace delicado como una mujer. La expresión “dicho de un hombre” no supone, por tanto, ninguna restricción onomasiológica; pero tampoco semasiológica, dado que el verbo *adamarse* no posee otras acepciones. Tal expresión, por tanto, sobra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DEA = SECO, M., O. ANDRÉS & G. RAMOS (1999): *Diccionario del español actual*. Madrid: Aguilar.
- DRAE 1992: REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992²¹): *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- DRAE 2001: REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001²²): *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- PORTO DAPENA, J. A. (1997): "Algunas observaciones sobre el contorno de la definición lexicográfica". En M. ALMEIDA & J. DORTA (eds.): *Contribuciones al estudio de la lingüística hispánica. Homenaje al profesor R. Trujillo*. Sta. Cruz de Tenerife: Montesinos, vol. II, 211-226.
- PORTO DAPENA, J. A. (2002): *Manual de técnica lexicográfica*. Madrid: Arco/Libros.
- PORTO DAPENA, J. A. (en prensa): "La definición lexicográfica de contorno fluctuante". *Revista de Lexicografía*.
- RAE = REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2010): *Ortografía de la lengua española*. Madrid: Espasa.
- REY-DEBOVE, J. (1967): "La définition lexicographique: bases d'une typologie formelle". *Travaux de Linguistique et de Littérature* V/1, 141-159.
- SECO, M. (1978): "Problemas formales de la definición". En *Estudios ofrecidos a E. Alarcos Llorach*. Oviedo: Universidad de Oviedo, vol. II, 217-239. Reed. en M. SECO: *Estudios de lexicografía española*. Madrid: Paraninfo, 1987, 15-34.
- SERRA SEPÚLVEDA, S. (2007): "El llamado 'contorno' de la definición lexicográfica en los diccionarios semasiológicos monolingües del español contemporáneo". *Lingüística Española Actual* XXI/1, 119-149.